

## LLUEVE

“Cuando las oigas, cógeme la mano y corre. Yo nunca te dejaré ir. Nunca te dejaré sola.”

Y nunca lo hizo. Cuando empezaba a llover, mi madre no me soltaba hasta llegar al refugio, hasta estar protegidas de la lluvia mortal. Bombas. Llovían bombas. Las calles se mojaban, como cuando llueve. Se mojaban de rojo; de rabia y dolor; de padres que habían perdido a sus hijos; de vidas inocentes con sueños, deseos, ambiciones. Se mojaban del miedo de ser el próximo. Pero la mano de mamá nunca falló. Como a mis hermanos gemelos pequeños, Imran y Fadil, nunca les falló la de mi padre.

Aún recuerdo nuestras vidas antes de la guerra. Alepo, nuestro hogar. Sus colores, sus perfumes, sus músicas... todo esto se fue, junto con la felicidad. La felicidad de llegar al colegio cada mañana y compartir sonrisas y carcajadas con mis amigos; de recibir un beso de mi padre cada vez que entraba a la tienda para ayudarle; de jugar con mis hermanos mientras el olor de la cena iba inundando la casa; de escuchar los cuentos que me leía mi madre cada noche antes de ir a dormir. Y recuerdo dormir con tranquilidad. Creo que es lo que más echo de menos. Dormir sin el temor de pensar que el día siguiente puede ser el último.

Tenía diez años cuando empezó todo. Desde hacía varios meses, se respiraba tensión por la ciudad. La gente salía enfadada a la calle. A nuestro vecino, Abdul, un amigo de la familia de toda la vida, le dispararon en una manifestación. De repente, un día, la escuela envió un comunicado anunciando que no habría más clases debido a la difícil situación del país. Hamida, una de mis amigas, me llamó una tarde. Me dijo que se iba con su familia hasta Alemania, donde vivía su primo. Mi madre dejó de llevar a mis hermanos al parque, y me prohibió salir a jugar a la plaza.

Cada vez escaseaban más los clientes de la tienda. A la tía Hadiya, que vivía en Damasco, le cogió un ataque al corazón después de enterarse de que su hijo, el primo Rashad, se había unido al ejército. Murió después de tres días en el hospital. Papá hacía llamadas extrañas, y mamá buscaba mapas en Internet sobre refugios. Los dos se pasaban el día enganchados a la radio. Papá cerró la tienda un mes después de que acabaran las clases. Se respiraba el miedo por la calle. Los negocios cerraban, la gente se iba. Llegaban autobuses pregonando destinos a otros países. Las calles se empapelaban con anuncios de barcas hacia Europa.

Europa. La soñada Europa. El continente que todo el mundo tenía en boca.

Tenía diez años, pero me daba cuenta de lo que pasaba alrededor. Las guerras no solo existen en las novelas y las películas. No solo son entre elfos y monstruos; no solo son combates entre naves que disparan láseres en el espacio sideral. No. También son algo que puede ocurrir en tu casa. Donde has nacido y crecido. Donde tenías planes de futuro, castillos en el aire que se han derrumbado. Ver a gente huir. Ver a gente sufrir. Ver a gente morir. No solo pasa en las novelas y en las películas.

Una noche oímos un estruendo no muy lejano. Y después gritos. Millones de gritos que se juntaron como uno solo, enorme y profundo. Fue mi madre quien me descongeló del estado de shock desde la cama. Tuve dos segundos para ponerme las zapatillas. Mi padre llevaba a Fadil e Imran a caballito en su espalda. No se había ni calzado. Nos gritó a mí y a mamá que le siguiéramos. Enmedio de la estampida, me concedí unos segundos para levantar la vista al cielo. Llovían bombas. Las casas se destruían. Con familias dentro. La vida se desmoronaba a mi alrededor.

Mamá me apretó el brazo con más fuerza, como si quisiera fusionar nuestros cuerpos para que no me pudiera separar de ella. Corría tanto que las lágrimas no tenían ni tiempo de asomarse por mis ojos. El pecho me ardía, sentía que mis músculos eran fuego y que era lava lo que corría por mis venas.

Pocos minutos después, mi padre señaló una pequeña puerta excavada en una pared. Un refugio lleno de gente. De gente acurrucada, con la mirada perdida mientras las lágrimas les surcaban las mejillas llenas de polvo. Había zonas del suelo manchadas de sangre. Encontramos un hueco, y nos sentamos mi padre, mi madre y yo formando un círculo, con los gemelos enmedio. Mamá me abrazó, y cuando recosté la cabeza en su pecho, las lágrimas afloraron todas de golpe, como una tormenta huracanada. Lo mismo pasó con mis hermanos pequeños y mi padre.

Dentro no se oían las bombas, pero sabíamos que aún seguían cayendo ahí fuera, en las calles, arrasándolo todo a su paso. Cuando nos habíamos calmado un poco, papá ordenó que los cinco nos cogiéramos de las manos.

- Imran, Fadil, Ghada, Houda,- pronunció primero los nombres de los más pequeños, después el mío, y por último el de mi madre.

Lo hizo con un tono calmado. Le admiro por eso. Mi padre siempre ha sabido mantener la calma cuando nadie ha podido. Cuando oí pronunciar mi nombre, la misma sensación de tranquilidad que salía de su boca se apoderó de mí. Sabía que a su lado no me pasaría nada.

- Las cosas se han puesto muy feas. Ya lo habéis comprobado.
- ¿Papá, qué está pasando?- el sollozo de Fadil sonó tan roto, tan lleno de terror...
- Cosas muy malas. Pero lo vamos a superar juntos. Da igual las bombas que caigan, nos vamos a mantener unidos. Porque somos una familia. Y nos queremos.
- Nos queremos mucho- fue mi madre la que tomó entonces la palabra.- Entendemos que estéis asustados y asustada. Papá y yo también lo estamos, incluso más y todo. Pero lo vamos a superar unidos. Vamos a ir a un lugar mejor. Donde podremos empezar de nuevo, sin miedo. Donde podremos ser una familia completamente feliz.
- ¿Europa?-pregunté.- ¿Vamos a ir a Europa?

Papá y mamá asintieron al mismo tiempo. Ni pregunté el país. Ni pregunté como pensaban llegar hasta allá. Solo me importaba salir de este infierno; juntos, como la familia fuerte y unida que somos.

Europa. La soñada Europa. El continente donde se cumplen los derechos humanos, donde la gente recibe ayudas, donde los de fuera son bien recibidos. Donde no te meten un balazo en el pecho al meter un pie en la calle.

Tardamos tres semanas en encontrar el transporte y la ruta. Tres semanas entre bombas, balas, y refugios. Tres semanas ahogadas de muerte.

Cinco mochilas. Una para cada uno. Llenas de ropa, agua, comida, y esperanza. Sobre todo, de mucha esperanza.

Varios autobuses. Llenos de gente como nosotros; de familias, de embarazadas, de parejas enamoradas. Ninguno merecíamos todo esto. Varios días incluso tuvimos que caminar por tierras desconocidas.

Y reflexioné mucho. Sobre como los humanos pueden llegar a ser tan crueles, tan sádicos, tan llenos de rabia, tan vacíos. Vacíos de sentimiento, de sensibilidad. Tenía nueve años, pero reflexionaba. Se tiende a infravalorar los pensamientos de los niños, y aún no entiendo porqué.

Y también agradecí mucho por la familia que tengo. Porque nunca nos soltamos de las manos. Nunca nos separamos. Siempre salimos adelante. Es lo que tienen las familias. Es lo que tiene ser una familia.

Llegamos a Esmirna, en Turquía. Hacía frío para ser principios de primavera. Un frío que, junto al miedo, me recorría todo el cuerpo. Allí nos estaba esperando una barca. Una barca con motor y capitán, que nos llevaría hasta Lesbos, en Grecia. No había ni diez kilómetros entre Turquía y la isla. Llegaríamos hasta Europa tranquilamente, y una vez allí sería arreglar unos papeles y listos, podríamos ir a cualquier país que mejor nos viniera, que con el asilo papá y mamá podrían conseguir trabajo seguro y vivienda. O eso era lo que le habían asegurado a papá por teléfono.

Unos hombres nos estaban esperando en la playa. Había mucha más gente, también familias como la nuestra. Todos llevábamos esa expresión de felicidad, esperanza y alivio pintado en el rostro. Expresión que se borró cuando vimos las barcas.

Balsas hinchables. Sin capitán. Sin asientos. Con un motor viejo que echaba humo. Allí cabían unas veinte personas, veinticinco si iban apretadas.

Los dos hombres fueron a hablar con mi padre, y muerta la conversación que por lo visto no acabó demasiado bien, nos cogieron de la mano a mí y a Fadil, y nos metieron en la balsa. Después hicieron lo mismo con Imran y mamá. Ella gritaba y forcejaba, pero entonces papá se metió dentro de la barca a su lado, y le susurró unas palabras al oído. Pude entrever como una lágrima amenazaba escapar de la comisura de su ojo. Se colocó bien el hijab azul que llevaba en el cabello; me abrazó, de la misma forma en la que me abrazaba cuando era más pequeña y las tormentas me aterraban; y me susurró: Todo irá bien, Ghada. Estoy a tu lado. Como cuando llueve.

Al final colocaron cuarenta personas en la barca. Sentía que costaba respirar, pero mi madre no me había dejado la mano, como papá tampoco había soltado las manitas de los gemelos. Arrancaron la barca. Las olas chocaban enfurecidas contra el débil plástico negro de la balsa. Detrás mío, una mujer embarazada rezaba en voz baja, con un miedo tan profundo que era casi palpable. Un hombre, supongo que el padre del bebé, le acariciaba el crecido y redondo vientre. Esas dos personas estaban a punto de formar una familia, como la mía. En medio de la guerra, del caos de la barbarie. Sin nadie que les protegiese.

Tardamos más de dos horas por culpa del mal viento. Vi un hijab y una camisa flotar en el agua, y un escalofrío me recorrió la columna de arriba a abajo. Estábamos navegando por un cementerio.

Por suerte, no nos pasó nada durante el trayecto. Una vez en Lesbos, la patrulla costera nos llevó hasta un campamento de refugiados lleno hasta arriba. Nos dijeron que solo nos estaríamos allí unas semanas.

Ahora tengo dieciséis años. Aún sigo en Lesbos. Seis años. Han pasado seis años. Hemos pasado seis años sin salir de aquí, abandonados e ignorados, como si hayan olvidado que somos personas.

Personas con sueños, ambiciones y planes de futuro. Mis hermanos casi que no recuerdan nuestro hogar. Han crecido entre barracones de plástico e historias de guerra. Me he convertido en una mujer entre barracones de plástico e historias de guerra. Mis padres han perdido tantos años de su vida entre barracones de plástico e historias de guerra... porque aquí es dónde estamos. En un campo de barracones de plástico e historias de guerra.

Europa. La soñada Europa. El continente donde supuestamente se cumplen los derechos humanos, donde la gente que se ha jugado la vida en el mar es ignorada, donde los de fuera que huyen de la guerra pasarán más de seis años en un campo de refugiados. Donde no te meten un balazo en el pecho al meter un pie en la calle, pero si huyes de ello, te olvidan en una isla.

Llueve. Instintivamente, me cojo de la mano de mamá. Ya no llueven bombas, es el agua que vuelve a regar la tierra. Ella me la aprieta con dulzura. Hemos pasado por todo esto unidos. Y unidos vamos a estar hasta el final. Porque somos una familia.